

Las callejuelas de la medina bullen de actividad como si de un inmenso hormiguero se tratara. Poco a poco aprendemos a distinguir los barrios distribuidos por oficios y profesiones.

REGRESO A LA MEDINA DE FEZ

El tiempo en una jaula

TEXTO: Rafael Chirbes

FOTOS: Germán Gallego

El viajero contempla la medina de Fez desde el cerro en el que se extienden los restos de las tumbas merinidas. Desde allí arriba, la ciudad se presenta como si fuera una gigantesca e irregular construcción continua, ya que es imposible advertir el trazado de los callejones, y ni siquiera el curso del río que corre al fondo del valle y cuya presencia condicionó el origen de esta sorprendente, milenaria y hermosa aglomeración humana.

Los cubos de las viviendas ascienden desde lo hondo del valle y cubren por entero las laderas de las colinas: el observador sólo advierte los pedazos de muros que se encabalgan unos sobre otros y las azoteas que se suceden formando un damero descomunal e irregular. A trechos, aparecen manchas negras -la punta de algunos cipreses, los penachos de unas palmeras- que emer-



gen entre las paredes y que marcan los jardines interiores o ryads de viejos palacios perdidos en la compleja masa de arquitecturas; también, en algunos lugares, el dibujo verde de las techumbres de cerámica de las mezquitas -hay más de trescientas en la ciudad, con formas muy diversas: imponente, el conjunto de naves con tejados a dos aguas de la Qaraouiyin; airoso, el de Moulay Idriss, con su forma piramidal.

Flotando por encima de todo, los fustes de los alminares que -algunos son de una modestia franciscana; otros elegantes y altivos- salpican toda la geografía urbana de la medina y, también, los barrios de reciente construcción situados extramuros. En el horizonte, sobresalen incluso por encima de los modernos edificios de la Ville Nouvelle, o ciudad nueva, que el colonialismo francés edificó un tanto alejada de la vieja medina, por evidentes razones de asepsia y seguridad.

El espectáculo de la medina de Fez vista desde las tumbas merinidas, o, justo desde las colinas opuestas, desde la msalla o enorme explanada de oración al aire libre, es, sin duda, uno de los más hermosos que se le han ofrecido al viajero nunca. A los pies de quien mira, se abre uno de esos espacios en los que la vida se ha condensado y en torno al cual el tiempo sólo parece pasar para ir volviendo más matizados y fascinantes los colores, más ricas y complejas las superficies de las construcciones, corroídas por el paso de los años y por las inclemencias climáticas; por la humedad y por la desidia o acción del hombre. Cada rincón de la medina ha llegado así a adquirir la densidad de un palimpsesto abierto a múltiples lecturas.

Arquerías, puertas, ventanas de madera gastadas durante siglos, yeserías: cada elemento de la trama urbana admite ser leído como simple excrecencia de vida, pero también como compleja resultante de cambiantes variables históricas, artísticas o culturales. En las callejuelas de la medina de Fez, en la sucesión de arquitecturas que le salen al



paso, el viajero puede leer, si mira con atención, las grandes esperanzas, los instantes de esplendor y riqueza, las convulsiones de la gente que la ha habitado durante más de mil años. Fez enjaula y engorda el tiempo como si fuera un animal monstruoso en vez de dejarse devorar por él.

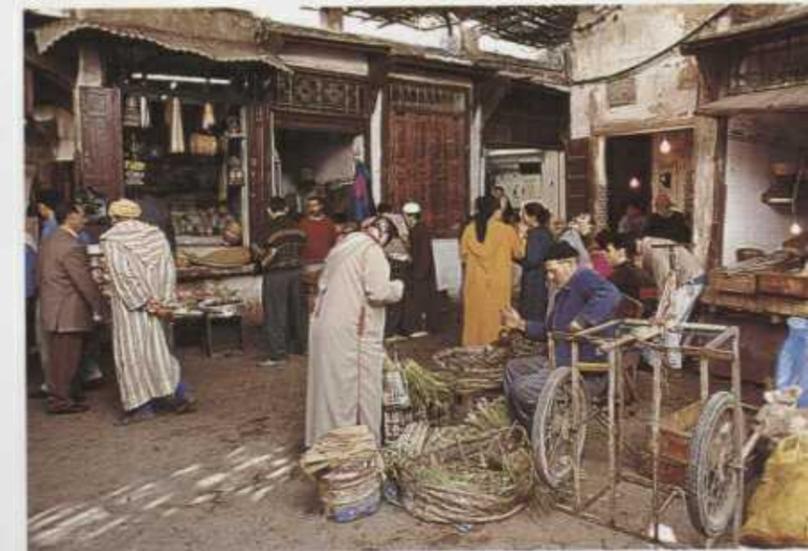
Cuando se contempla la medina desde lo alto y se sigue con la mirada el trazado de las distintas murallas -en diferente estadio de decrepitud: a trechos desmoronadas y en otros tramos en plena rehabilitación-, se advierten bien las distintas fases de la expansión de esta ciudad cuyo nombre en árabe hace referencia a la azada o escardillo con el que, según la tradición, el santo fundador Mulay Idriss marcó en el siglo VIII su perímetro en torno a una fuente. La palabra fez quiere decir exactamente eso: azada, escardillo.

La zona más antigua y extensa recibe el nombre de Fes-el-Bali (o Fez el viejo), y crece a partir de las orillas del río que, invisible para el observador que mira la ciudad desde fuera, corre en la parte más baja del valle prácticamente enterrado entre las construcciones.

Está Fes-el-Bali rodeada por una muralla que construyeron los almohades, y que abraza los dos barrios que la componen. El de la orilla izquierda se llama barrio de los Andaluces. Fue originariamente poblado por quienes escaparon de las persecuciones religiosas y políticas de Córdoba en los primeros años del siglo IX y se instalaron aquí, en un lugar que, hasta entonces, había sido de mayoría beréber. También el barrio de la orilla derecha, o Qaraouiyyin, fue fundado por exiliados políticos y religiosos, en este caso procedentes de Kairuán.

Así pues, Fez se vio marcada desde sus orígenes con una vocación de refugio, y, seguramente, también (el rencor del exilio) condicionada como poderoso centro de agitación intelectual y mística. Durante siglos ha sido intransigente y orgullosa capital religiosa de Marruecos. Y, aunque al turista poco advertido le parezca una ciudad perezosa y dormida, sigue siéndolo. La mezquita de la Qaraouiyyin -con su soberbia biblioteca- es sede de la universidad coránica. Entre sus alumnos estuvo ese gran geógrafo y modelo de viajeros que fue Ibn Jaldún. En ella imparten sus enseñanzas los rigurosos ulemas o teólogos del islam. Pero no es sólo, y ni siquiera principalmente en la Qaraouiyyin donde se practica y estudia la religión. Además de las decenas de mezquitas que puntean la ciudad y que se llenan a cada llamada a la oración, proliferan por todas partes las zaouias o congregaciones, y abundan los alfakies o reli-

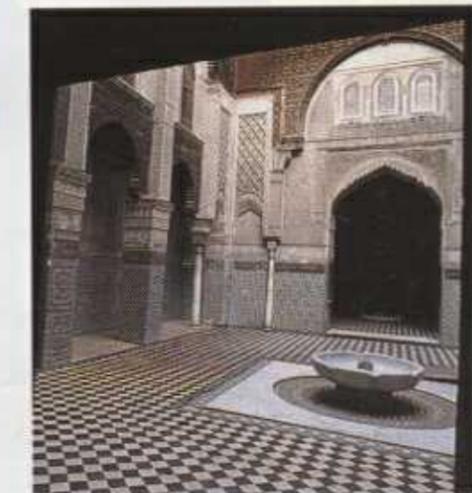
Los hammams o baños públicos cuentan con tres salas con el agua a diferente temperatura. El vaho ayuda a crear un ambiente recogido y misterioso.



En cada recodo de la medina nos puede sorprender la presencia de una tenería con sus inconfundibles olores fronterizos, el bullicio de los tenderos en pleno trato, o el silencio rumoroso del patio de una mezquita.

ofrece la ciudad al espectador que la contempla desde fuera, se convierte en caos, en laberinto, en cuanto penetra por alguna de las puertas y se sumerge en los callejones bordeados por viviendas cuyos tejados se tocan y a los que jamás llega la luz del sol; en pasadizos cubiertos que le hacen pensar al viajero que la medina de Fez se convierte a trechos en un inmenso hormiguero subterráneo; o, cuando de repente, las construcciones ceden en altura y uno se encuentra paseando entre las tapias de un huerto inesperado y es como si la aglomeración humana quedara muy lejos, hasta que, al torcer un recodo, vuelve a encontrarse inmerso en el río de hombres, bestias y mercancías que se aprietan en alguna concurrida calle comercial.

La primera sensación del visitante es la de caos, una sensación que se matiza a medida que empieza a conocer la ciudad y que, si continúa en su empeño, acabará casi por desaparecer, ya que la observación le mostrará que Fez se ordena con ritmos vitales evidentes, que, del mismo modo que, de una manera casi imperceptible, distribuye funciones y profesiones por barrios, su trazado tiene una rigurosa lógica de interacciones entre geografía y hombre.



giosos investidos de enorme autoridad moral, y también son numerosas las sedes de instituciones benéficas. Las tumbas de santos venerados desde hace siglos se levantan en muchos lugares del interior de la complicada trama urbana de la medina y son centros de oración y peregrinaje.

Pero, más allá de los límites de la vieja Fes-el-Bali, y también rodeadas por distintos anillos de murallas, se extienden las otras ciudades o barrios que componen la medina de Fez: el llamado Fes-el-Jedid,

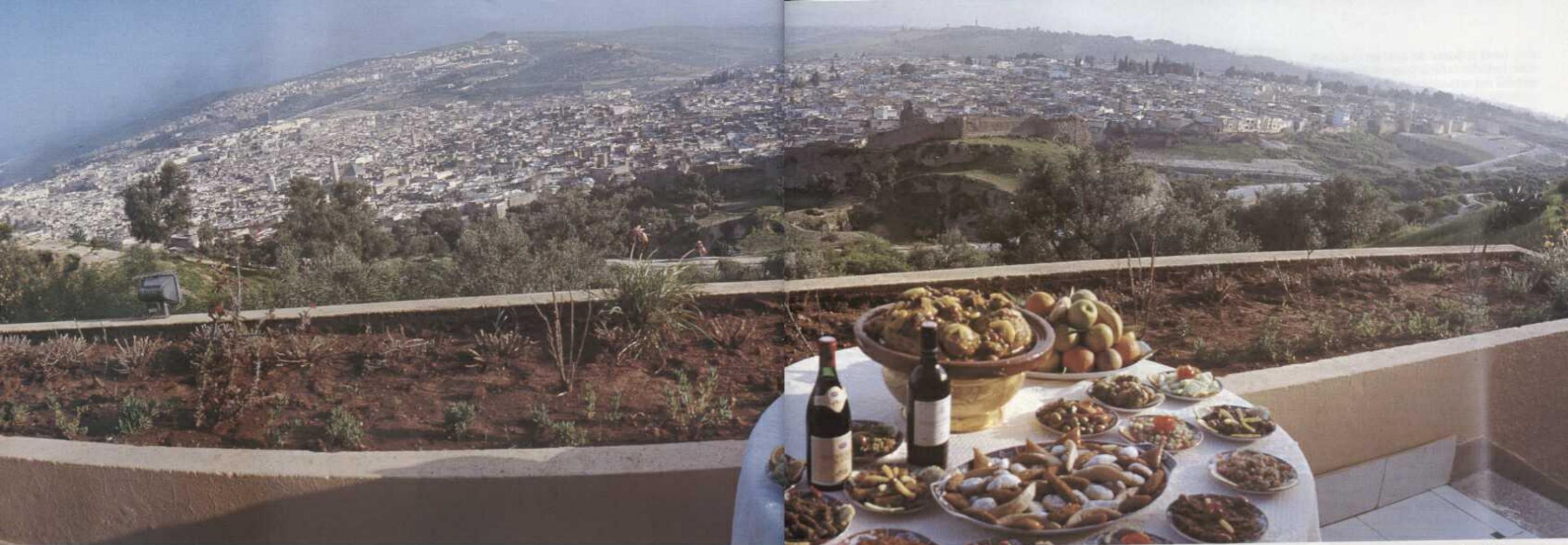
o Fes Nuevo (no confundir con la Ville Nouvelle de los franceses), forma un conjunto urbano que sólo es nuevo en relación con el otro barrio de la medina al que acabamos de hacer referencia, ya que este Fes Nuevo fue poblado y amurallado por los benimerines en el siglo XIII. También forma parte de la medina el barrio de la Kasba o fortaleza; y, al lado, el Mellah, que es como se conoce en Marruecos a las juderías, y que fue un activo centro de comercio hasta hace pocos años en que la mayoría de

sus habitantes originarios lo abandonaron. Cada una de estas barriadas tiene su perímetro perfectamente delimitado por el trazado de las murallas, como lo tiene el Palacio Real, que es otra ciudad poderosa y cerrada que impone su altiva presencia entre las demás ciudades de Fez.

Desde el exterior, la medina mantiene la precisión de su dibujo marcado por las murallas ya que se ha mantenido aislada de las nuevas construcciones, como un mundo autónomo y que la mirada puede cer-

car, seguramente porque gran parte de su perfil está rodeado por enormes cementerios, lugares sagrados que los marroquíes respetan escrupulosamente: Cementerios de Bab Guissa, de Bab Ftouh, de Bab Hamra, de Bab Mahrouk; cementerio judío del Mellah; bucólicas extensiones verdes durante el otoño y el invierno y polvorientos eriales amarillos en cuanto avanza la primavera. Alguien ha escrito que la actual medina de Fez es un regalo de los muertos.

Pero esa precisión compositiva que



Desde la terraza del hotel Les Merinides se domina una espléndida panorámica de la antigua medina y de los diferentes recintos urbanos de la legendaria ciudad.

tran pueden compararse a la de los mercados de Europa. Tampoco faltan casas en donde se venden comidas ya guisadas, como también salones para comer, cual en las grandes ciudades de Europa". La descripción podría servir para ahora mismo. Así, mientras que por detrás de Bab Sidi Bou Jida puede verse a cualquier hora del día el humo de los alfares ascendiendo al cielo, en Gerniz, en Bou Khararab o en Ayn Azliten continúan funcionando las tenerías: la industria del curtido y tinte de pieles -hoy decaída- ha contado tradicionalmente entre las más poderosas de la ciu-

Fez no se abre -como Marrakech- al turista, que por cierto deserta progresivamente de ella durante los últimos años, pero está tan viva como su rival del sur (curiosamente, los distintos monarcas se han visto siempre en la tesitura de optar por una ciudad frente a la otra), e incluso guarda más pura su función de gran centro artesano y comercial de abastecimiento de los habitantes de su entorno. A Fez acuden para comprar sus muebles, sus trajes y adornos de boda, sus útiles del hogar o de labranza los habitantes de las cercanas vegas y también los de las montañas del Atlas. Fez sigue guardando para ellos la fascinación de ese orden gremial milenario. Vendedores de perfumes, cordeleros, tintoreros, zapateros, herreros, caldereros: cada actividad ocupa su sitio en la trama urbana, y con esa certeza se animan los campesinos que vienen de compras a sumergirse en ella. Hace casi doscientos años, Domingo Badía, el falso musulmán y espía de Godoy, que recorrió distintos países bajo el nombre de Ali Bey, escribió: "Son tantas las tiendas, que presentan la apariencia de una ciudad de tres o cuatrocientos mil habitantes, pero es de advertir que semejante multitud de almacenes forma una especie de feria perpetua, a donde van a proveerse los habitantes del país y los montañeses (...) Los mercados de viveres son muchos, y la abundancia de las producciones que allí se encuen-



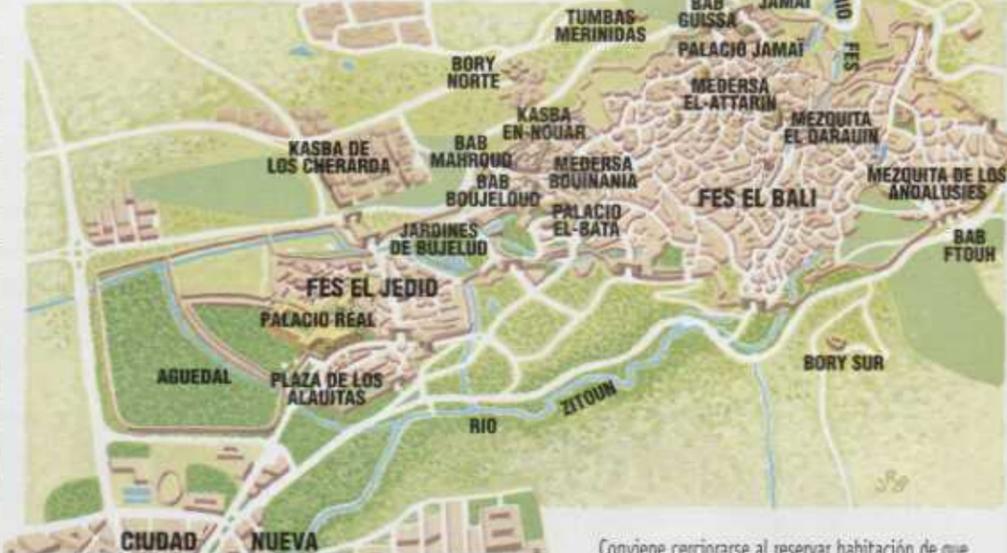
dad, hasta el punto de que, en el siglo X, hubo censadas ochenta y seis empresas dedicadas a esa actividad.

En Es Seffarin se escucha el ruido de los martillos de herreros y caldereros, mientras que en el Attarin huele a especias y perfumes. Por todas partes persigue al viajero el olor del cedro que trabajan los ebanistas y el de los excrementos de las bestias que transportan mercancías o que recogen los vertidos de la activa ciudad.

En la medina de Fez, al contrario de lo que ocurre en Marrakech y en otros lugares, sólo el transporte a lomos de bestias está autorizado a circular por las angostas callejuelas que, de repente, se estrechan y cierran dejando al viajero ante la puerta de una vivienda particular y ante la duda de si ha violado un espacio privado.

En la Qaysiría, o alcaicería—donde deslumbran al paseante las sedas, las pasamanerías, los tejidos lujosos, las babuchas, o en los alrededores de la mezquita de Moulay Idriss, el amontonamiento de mercancías y la afluencia de hombres y bestias de carga crea dificultades a la circulación. Trajinantes que empujan a los asnos con sus cargamentos de pieles malolientes, curiosos, vendedores, clientes, campesinos de las cercanas aldeas, escolares de las madrasas, pícaros, mendigos o simples paseantes ocupan la totalidad de las callejas.

Uno se pierde en ese bullicio, y también en la soledad de los silenciosos pasadizos del barrio de Bliida, cerca del venerado mausoleo de Sidi Ahmed Tijani. La aparente con-



Conviene cerciorarse al reservar habitación de que cuenta con vistas.

COMO LLEGAR

Es aceptable la carretera que, desde Ceuta, permite visitar Chauen y acabar en Fez. Y muy buena la que sigue paralela a la costa desde Tánger y, luego, hacia el interior, desde los alrededores de Rabat, y que pasa por Mequinez. También desde Tánger hay buen servicio de autobuses y comunicación por ferrocarril.

DONDE DORMIR

El Palais Jamaï ofrece un soberbio espacio que permite estar a la vez en la medina y fuera de ella. Millonarios, estadistas y visitantes de la jet set se hospedan en él. Se trata de un lujoso palacio construido en 1879 por un miembro de la familia Jamaï, que, por entonces, ostentaba el cargo de Gran Visir del Sultán Muley Hassan I. Decoración apabullante y hermosos jardines de estilo andalusí. Los otros grandes hoteles de Fez son el Jnan Palace y el Sheraton. Desde el hotel de Les Merinides, que cuenta con buenas instalaciones, y que está situado junto a las tumbas de los miembros de esa dinastía, se descubre uno de los más bellos panoramas sobre la medina.

DONDE COMER

Los grandes hoteles antes citados son seguramente los mejores lugares para comer cocina marroquí en Fez, cuya restauración pública de lujo sufre un notable deterioro. Destaca el restaurante Al Fassia del Palais Jamaï. Otros lugares donde se puede comer dignamente son Dar Saada, El Firdaouss, Tariana, M'Nebhi, Dar Batha, o el irregular Palais de Fès, situado en un viejo palacio en el corazón de la medina. Los comerciantes fassies acuden a la carretera de Imousser, a Al-Andalús que ha heredado el prestigio que, un día, mantuvo en la zona L'Anmbra, hoy en franca decadencia, según tuvieron triste ocasión de comprobar los autores de este reportaje.

QUE VISITAR

Antes de empezar la visita de la ciudad, conviene contemplarla desde arriba. Desde las tumbas merinidas o el jardín del hotel que lleva el mismo nombre, y también desde el lado opuesto, desde la fortaleza o Borj Sud. De ese modo, y ayudándose con algún plano o con los conocimientos de alguien que la conozca bien, uno puede entender grosso modo su compleja estructura y empezar a acercarse a ella con cierto orden (si es que cabe el orden en esta ciudad perversa y laberíntica).

El corazón de Fez lo compone Fez Bali, o el Viejo Fez, que a su vez está dividido en dos barrios por el río. De una parte, el barrio andaluz, que fue fundado por refugiados de las persecuciones políticas en Al Andalus en el siglo IX. En él, se levantan la mezquita del mismo nombre (no se puede entrar en ninguna de las mezquitas, y hay que contemplarlas de refilón, desde fuera) y la Madrasa de Sahrj. Del otro lado del río, el barrio Qaraouiyn, o de los que llegaron de Kairuán, también víctimas de la intolerancia, y que es más extenso. Conviene penetrar en él por Bab

Boujouloud y descender por la Grand Talaa, y entrar en la madrasa de Bou Inania, y en la del Attarin, y contemplar al paso la mezquita de Mouley Idriss, o la imponente Qaraouiyn, o las plazas de Es Seffarin, con sus caldereros, o la de Nejjarin, con su fuente y su vieja fonda. Pero lo importante en Fez es callejear, perderse una y otra vez entre los montones de productos de sus callejas, sus mercados de verduras, de granos (Nejjarin), de lanas (zoco el Ghezal), sus talleres de herreros y carpinteros, con el olor a cedro (funduk el Hudí), sus puestos de perfumes y cerámica (zoco Attarin); dejarse cegar por el colorido de la Qaysariya o alcaicería, con sus abigarradas tiendas de ropa, de babuchas, sedas, algodón, chilabas, caftanes o joyas. La ciudad es un laberinto interminable y, en los alrededores de la mezquita de Cheratin, se sitúan los cordeleros y los que trabajan el cobre. Y, en Gerniz, o en Ayn Azliten las impresionantes tannerías. Todo es como un viaje a la Edad Media.

También amurallados se encuentran la Kasba des Cherarda y el llamado Fes Jedid, o Nuevo Fez, que fue construido unos quinientos años después del viejo (o sea, en el siglo XIII) y en el que destaca el soberbio Dar el Makhzen o Palacio Real. Entre los dos Fez (Bali y Jedid), los jardines de Boujouloud, y Dar Batha, un palacio en el que se celebran actos culturales y exposiciones.

Más allá, saliendo por Bab Samarin, se



encuentra el antiguo Mellah, que es el nombre con que en Marruecos se conocen las juderías, y, separado por unos centenares de metros, el antiguo barrio colonial francés, Fez Ville Nouvelle, con arquitecturas que van desde los años veinte a nuestros días, grandes avenidas, numerosos cafés, algunos bares y restaurantes y un curioso mercado de alimentación.

tinuidad arquitectónica de Fez disimula la más radical diversidad. El ajetreo y el silencio, las aglomeraciones y la soledad. Del mismo modo que, pared por pared, conviven lujosos palacios construidos por aristócratas y burgueses enriquecidos con casas de extremada modestia: hay algo democrático en esa promiscuidad de las clases sociales en el interior de la medina, que hoy se ve parcialmente arruinada por el progresivo abandono de los burgueses que han trasladado buena parte de sus negocios, y con ellos sus viviendas, a la activa Casablanca. Aún así, pocos de ellos han renunciado a guardar la propiedad de estos palacios de Fez en los que buscan su raigambre, su pertenencia a un viejo tronco del que se enorgullecen.

El turista contempla al paso los patios de las mezquitas en cuyas fuentes decoradas con cerámicas los fieles efectúan sus abluciones y escucha las voces de los niños más pequeños que aprenden a leer recitando los versículos del Corán. Escucha a los que venden en plena calle sus mercancías, a los subasteros, a los trajinantes que dicen "arre" para animar a las bestias en su transporte, y gritan les "andek" ("atención, cuidado") a los viandantes para que se aparten de su camino. Los sonidos de Fez tienen esa textura antigua, porque no interviene en su composición el ruido de los motores: son rumores humanos, ruidos

Agenda



La restauración de lujo de Fez, pese a no ser lo que era, sigue ofreciendo muestras seductoras de su delicadeza y diversidad, en espacios muy cómodos y elegantes.



Si Ud. no dispone de una bodega adecuada...



nuestras cavas climatizadas, le ofrecen las condiciones óptimas para la conservación, envejecimiento y degustación de sus vinos.



- Temperatura constante.
- Modelos de 1 a 10 zonas de temperatura.
- Circulación de aire.
- Humedad apropiada.
- Ausencia de vibraciones.
- Muebles con capacidad de 50 a 250 botellas.

CLIMA CAVES
C/ Juli Garreta, 28
08040 L'Ametlla del Valles
BARCELONA
Tel./Fax: (93) 843 25 75

Si Ud. dispone de espacio para habilitar una bodega...



...nuestros botelleros-nicho de piedra reconstruida de la cantera de Conblanchien (Côte de Nuits), le ofrecen las condiciones adecuadas para que sus vinos reposen con mayor estabilidad en temperatura y humedad.

SI TIENE OPORTUNIDAD, LE INVITAMOS A VISITAR NUESTRA BODEGA: LA CAVA DEL GOURMET. PARA UNA ATENCIÓN PERSONALIZADA, LLÁMENOS PREVIAMENTE, NOS SENTIREMOS MUY HONRADOS EN ATENDERLE.

CLIMA CAVES

C/ Juli Garreta, 28
08040 L'Ametlla del Valles
BARCELONA
Tel./Fax: (93) 843 25 75

Para ampliar información solicite catálogo directamente a CLIMACAVES, señalando con un X el casillero correspondiente.

Nombre
Dirección
D.P. Población
Provincia Tel.

Si Ud. ya dispone de una bodega...



...y desea lograr la perfección en el ambiente de la misma, nuestros climatizadores especiales para bodegas le ofrecen las condiciones óptimas para la conservación y envejecimiento de sus vinos.

- Temperatura constante: 12° C. - Humedad apropiada.

- Cavas Climatizadas
- Botelleros-nicho de la Piedra de la Bourgogne
- Climatizadores especiales para bodegas

La cocina marroquí

El cereal y el olivo -el pan y el aceite-, así como la utilización abundantísima de las verduras en la composición de los principales platos sitúan la cocina marroquí en el espacio de las culinarias mediterráneas, mientras que la ausencia del cerdo marca su ligazón a los rituales religiosos del islam, tradición en la que también se encuadra el abundante uso de las especias, sin duda fruto del histórico control árabe de las caravanas que, durante siglos, las transportaron desde oriente y el centro de África a los mercados europeos. Azafrán, pimienta y pimentón, cominos, jengibre, canela o los distintos tipos de felillas o chiles, son algunas de las especias más frecuentemente empleadas en cocina. En los mercados, se vende una combinación de más de una docena de tales especias que recibe el nombre de Ras El Hanut y que se utiliza en diversos platos. Entre las hierbas, destaca el coriandro (kasbur), que interviene en numerosos platos y sopas (como en la popular sopa picante de tomate y legumbres llamada jarira).

Las aves de corral y el cordero (sobre todo este último) sustituyen al cerdo en las recetas que podrían considerarse más cercanas a la cultura cristiana, entre la que habría que situar muy especialmente ese plato barroco por excelencia que es el cus-cus, o alcuzcuz, variedad de las ollas podridas y de los cocidos cristianos, o de la adafina judía, en el que las carnes de ave, vacuno y cordero se mezclan con verduras (zanahorias, nabos...) y legumbres (garbanzos), y que tiene como rasgo específico la sémola de harina que le sirve como soporte, y cuyo origen buscan algunos en la relación del mundo musulmán con China, o, más próximamente, con Génova, posible introductora de la pasta en Europa como forma de hacer durar el trigo que se obtenía en la isla de Sicilia.

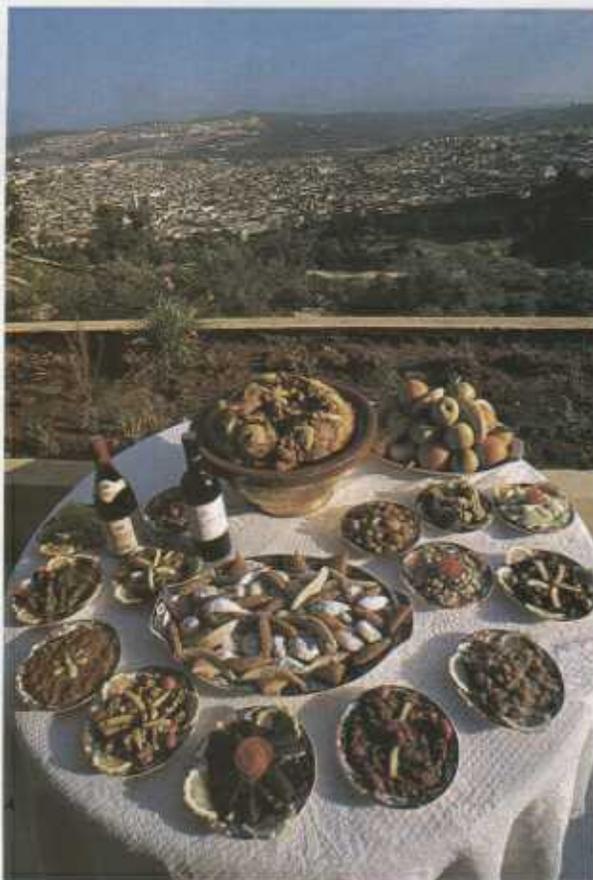
Los alcuzcuzes, como los cocidos, admiten infinidad de variantes, dependiendo de las verduras de que se dispone en cada estación, y de las piezas de carne que se emplean. También son variadísimos los tajines, o guisos de carne -buey, cordero o aves- con verduras y en los que a veces intervienen las almendras, las aceitunas, los limones confitados o las pasas.

El plato de fiesta por excelencia es la pastilla o bastela, un delicioso hojaldre relleno de huevos, almendras, coriandro y carne de pichón y espolvoreado con azúcar y canela.

Las brochetas de cordero -kefta, de carne picada; boultaf, de hígado; kebab de carne troceada en tacos y grasa de riñones- se asan en las cocinillas de carbón. Aunque, entre los asados destaca el mechoui.

Seguramente, nadie en el mundo asa el cordero con la perfección con que lo hacen los marroquíes, haciendo girar un espedo sobre carbon vegetal, o bien introduciendo el cordero en los ferrán u hornos de pan.

Se aprecian mucho las vísceras y hay extraordinarias recetas para cocinar pies, lenguas o sesos de ternera, tripas y cabezas de cordero, etc. Siempre teniendo en cuenta que los animales deben ser sacrificados y desangrados tal como manda la tradición coránica. Las ensaladas de verduras frescas o cocidas y



de legumbres son también variadas y están presentes en pequeños platillos en todos los banquetes. Siente el marroquí una enorme pasión por los caracoles, que se venden y consumen en plena calle cocinados en un sabroso caldo picante.

Entre los dulces, abundan los preparados con almendras -los deliciosos cuernos de gacela, que se perfuman con azahar, los feggas, los jabanés- y también interviene en muchas recetas la miel, como en los crujientes briouats, donde la pasta es igualmente de almendras. Son riquísimos y muy populares los dulces de sésamo.

Y, para beber, además de los zumos, leches de almendras o agrias, y las perfumadas aguas de azahar, se consumen, sobre todo, el café al estilo turco, con sus posos en el fondo del vaso, y el té verde, que se perfuma, según las estaciones, con menta, hierbabuena, hierba luisa o ajenojo.

de animales, o de la más elemental mecánica -el martillo sobre el cobre, sobre el bronce, el torno que gira trabajando la pieza de madera, el telar que mueven los niños-. Sólo las radios y casetes que transmiten música y noticias, o los altavoces que amplifican la voz de los almuédanos llamando a la oración poseen un relativo valor contemporáneo.

De igual modo, los olores que asaltan y persiguen al viajero en su recorrido, y que, como ocurre en algunos refinados platos de las grandes cocinas del mundo (pienso en los que los chinos conocen como huevos de mil años), oscilan entre lo embriagador y lo fétido, tienen esa textura de otro tiempo que contribuyen a redondear el valor de la medina como auténtico museo viviente de aromas perdidos. También en eso parece Fez haber atrapado el tiempo y haberlo enjaulado como a un animal monstruoso.

Aunque quizá la presencia más antigua, el sonido más constante de Fez sea el del agua. Moulay Idriss eligió este emplazamiento precisamente por la cantidad y bondad de sus aguas, necesarias tanto para permitir la vida de la población como para que las industrias pudiesen funcionar. Y el rumor del agua acompaña al viajero en todo su trayecto por la medina. Rumor del río y también de los otros arroyos que fluyen por el interior de la ciudad -Bou Fekran, Zitun-, sonido de las fuentes públicas con las que se encuentra en callejuelas y plazas, algunas -como las de Najjarin o la de Bab-el-Guisa-, de gran belleza decorativa; rumor de cientos de acequias que siguen el curso que les marcan los viejos muros; sonidos de agua en los jardines de los palacios, en los patios de las medresas -Bou Inania, el Attarin-, de las mezquitas, de los hammams o baños públicos, que cuentan con tres salas de mayor a menor temperatura que se corresponderían con el caldarium, el tepidarium y el frigidarium de las termas romanas, y en donde el agua se convierte en vaho, en un vapor que es casi metáfora, con su omnipresencia, de cómo el agua ocupa la ciudad.

Resulta ya lugar común hablar de la importancia y valor simbólico y cultural que posee el agua para las civilizaciones de los grandes secanos: los kettara o pozos a distintos niveles de Marrakech, las grandes instalaciones hidráulicas de los oasis de Túnez, las acequias de la huerta de Valencia. También Fez es una fruta hidráulica, por más que sus aguas ya no tengan la pureza con que las recuerdan quienes vivieron en la medina hace medio siglo, cuando ni uno solo de los desperdicios iban a parar al río, que por entonces aún era -según dicen- cristalino. La medina de Fez tiene esa constancia de las culturas del agua y también su delicuescencia y su fragilidad. Se la encuentra uno en pie veinte años más tarde, igual de a punto de derrumbarse que la última vez. ■